

luz; mas luego que oyó el nombre del venerable Misionero, de repente se lanza á la calle, y con aquella sencillez y candor natural en los niños, le dice: "Mosén Claret, Ud. ha de curarme los ojos. — Hijo, le responde, yo no soy médico. — No importa, le replica el niño; Ud., si quiere, puede curarme." Entonces el Siervo de Dios, con la mayor bondad y dulzura, le aplicó los dedos á los ojos, añadiéndole: "Todos los días lávate bien con agua limpia y clara." Al instante desapareció la enfermedad, vió perfectamente, y jamás ha notado la menor dolencia en la vista. El expresado Forcadell lo atribuye á un milagro que el Señor obró por mediación del Rdo. Padre; varias veces lo ha dicho, lo ha publicado y lo sostiene, y está pronto á confirmarlo con juramento si fuere necesario ó conveniente (1)."

Lérida fué en este tiempo una de las ciudades agraciadas con las predicaciones apostólicas de nuestro venerable Fundador; y si sus habitantes se aprovecharon dícelo claramente el que fué Obispo de esta diócesis y hoy es arzobispo de Tarragona, D. Tomás Costa, en carta escrita á nuestro Rmo. Padre General en 15 de Enero de 1880. "Las noticias,—dice,— que he adquirido de los hechos del celo apostólico del Sr. Claret en esta Misión, son las de la relación de una persona fidedigna á quien di la comisión de que procurase adquirir datos para poder dar á Ud. una respuesta que fuese bien fundada. La relación es como sigue:

"Mosén Antonio Claret pasó todo el Mayo de 1846 en Lérida, y también la mitad del mes de Junio. Estaba hospedado en casa del canónigo Vallcendrera: durante el mes de Mayo predicó cada día por la mañana en la catedral, y por la tarde en la iglesia del Santo Rosario. El auditorio era inmenso: confesaba en la catedral por la mañana, y por la tarde en la iglesia del hospital. También oyó muchas confesiones en el oratorio de la casa donde estaba hospedado. Consiguió la conversión de muchos y grandes pecadores; algunos vinieron de muy lejos para confesarse con él, y muchos de ellos, para tener lugar, pasaban toda la noche á la puerta de la iglesia. En las horas en que permanecía en casa era preciso poner un muni-

(1) Oficio del Rdo. D. Francisco Mestre, arcipreste de Falset, 31 de Marzo de 1880.

cipal á la puerta para evitar la confusión que, á causa de la mucha gente que á él acudía, hubiera habido. A pesar de esto, la escalera por la que se subía á su habitación estaba llena; y no pudiendo hablar con él contentábanse las buenas gentes con besar el crucifijo que el Siervo de Dios llevaba sobre el pecho, á cuyo fin lo entregaba á uno de los dependientes de la casa. Acudieron también á él muchos enfermos, y á otros que no pudieron acercársele fué á visitarlos en sus casas. Con tal unción hablaba á todos que les parecía quedar sin dolencia alguna, y solas sus palabras los llenaban de consuelo. Antes de que en Lérida fuera conocido, era voz pública que venía á predicarles un santo.

"Viéronle los ilerdenses llegar á pie con un pañuelo en la mano, donde traía el Breviario y algún otro libro, y mientras estuvo con ellos no sabían hablar sino de *Mosén Claret*. Como no llevaba más ropa que la de porte, quisieron darle un vestido nuevo, y no quiso admitirle; sólo consiguieron, sin que él lo advirtiese, mudarle los zapatos viejos que llevaba por otros nuevos, quedándose los viejos una familia de esta ciudad, que todavía los conserva como un tesoro de gran precio. Los quince días de Junio los empleó dando ejercicios al clero y á las religiosas. Al partir de ésta le acompañó mucho gentío. Llegado al cementerio rezó un responso por los difuntos, despidióse de la gente, y prosiguió su viaje á pie con otro sacerdote que le había acompañado (1)."

A estas noticias añadiremos otras de un testigo ocular y que completan la narración anterior. "La vida que llevaba el Excmo. Sr. Claret era sobrehumana: al alba decía Misa en la iglesia del hospital, y muchos días tenía que pedir por favor que le dejasen pasar, pues estaba toda la plazuela atestada de gente, quedándose allí muchos de ellos para tener la gloria de ser los primeros en entrar á oír la santa Misa y los preferidos para ser admitidos á sus pies en el tribunal de la penitencia. Era voz general el decir: "es un Santo". A las nueve de la noche subía al púlpito de la catedral, estando la iglesia con mucha anticipación atestada de gente ávida de oírle; pues á la voz tan general de sus portentos, como á divino reclamo, los pue-

(1) Carta del Excmo. D. Tomás Costa hoy arzobispo de Tarragona, 14 de Enero de 1880.

blos acudían desde muchas horas de distancia... Públicamente se dijo que se habían confesado personas que hacía veinticinco, treinta y treinta y seis años que no lo habían hecho... En los ejercicios que, después de la Misión al pueblo, dió á los sacerdotes, éramos en número de unos doscientos: quedamos muy satisfechos de la doctrina que nos predicó, apoyándola en muchas razones, ejemplos y citas de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres (1).»

“No es regular, —decía el Ilmo. y Rmo. P. Antonio Colomer, del Orden de Predicadores y obispo en las Indias orientales,—que la religiosa ciudad de Vich haya olvidado hasta el presente las gratas impresiones de fervor causadas en los ánimos de los oyentes por los sermones llenos de unción santa del Misionero *Mosén Antón Claret* (2).»

En efecto: la ciudad de Vich, aunque no parecía tener por él el entusiasmo que otros pueblos y ciudades, acaso porque le consideraba hijo de la ciudad, por haberse formado en ella y ser de su diócesis, y ninguno, como dijo el Señor, es profeta en su patria, sin embargo, en el octavario á Nuestra Señora de la Asunción, que predicó en Agosto de 1846 más por obediencia que por propia voluntad, el concurso fué inmenso en todos sus sermones, y las tres puertas del frontis del grandioso templo de la catedral tuvieron que estar abiertas, y fueron tan fuertes los empujones de las muchedumbres por penetrar en el ya lleno recinto que derribaron una de las pilas de agua bendita, aunque las dos son de durísimo mármol (3).

Por este tiempo anunció la palabra evangélica á los habitantes de Arenys de Mar, provincia de Barcelona y diócesis de Gerona, y entre los oyentes que del fruto de su predicación dieron testimonio merece citarse el Excmo. é Ilmo. señor D. Jaime Catalá, digno obispo antes de Cádiz y hoy de Barcelona. “Hacia el año 1846,—dice,—cuando yo apenas tenía diez años, admiré el apostólico celo de aquel celoso Misionero, cuya dulce y elocuente palabra arrebatava en pos de sí á los pueblos, y cuyas virtudes causaban la admiración de todo el mundo. Público era en Arenys de Mar, mi patria, en cuya

(1) El testigo ocular D. León Escana, presbítero, carta del 10 de Enero de 1883.

(2) Carta del 9 de Junio de 1881.

(3) D. Francisco Güell, carta del 23 de Julio de 1881.

villa dió Misión por muchos días el entonces P. Claret, que apenas dormía, y nunca en la cama; que su comida era frugal y jamás probaba la carne; y á pesar de esto predicaba varias veces al día por espacio de dos ó tres horas, ocupando el tiempo que le dejaba libre la predicación, que nunca interrumpía la más ligera tos ni señal alguna de cansancio, en confesar á millares y millares de personas; porque ninguno de cuantos le oían podía sustraerse á la influencia que sobre sus corazones ejercía, y todos querían que el elocuente y sabio Misionero recibiese sus confesiones. Simultáneamente daba ejercicios al clero y fomentaba la piedad de mil maneras, que yo no recuerdo en detalle y sólo conozco en conjunto por el renombre que alcanzaron sus apostólicos trabajos (1).»

En todas partes adonde el Siervo de Dios anunciaba la doctrina evangélica acaecía lo mismo; los pueblos se agolpaban á oírle, se compungían de sus pecados y sitiaban, por decirlo así, el confesonario de nuestro Padre. Fué tan general el movimiento de penitencia levantado por el P. Claret en Cataluña, que hubo necesidad de aumentar más y más el número de confesores en todos los lugares donde aquél daba Misión. Ya en Enero de 1846 el Excmo. Sr. Arzobispo de Tarragona, don Antonio Echanove y Zaldívar, había exhortado á los sacerdotes de su archidiócesis ayudasen al santo Misionero á oír confesiones (2). Acaso por esta misma causa en algunas Misiones de aquel año acompañó al P. Claret el Rdo. D. Manuel Vilaró, sacerdote joven, de muchos conocimientos y de celo no común: fué éste uno de los primeros Padres de nuestra Congregación, y cuando nuestro amado Padre Fundador partió para Cuba, le siguió con el cargo de Secretario.

(1) Carta del 12 de Noviembre de 1880.

(2) El documento á que en el texto se alude nos lo proporcionó el señor cura párroco de Catllar, y es como sigue: “Muy señores míos muy amados: Anunciando la Misión que ha de dar el reverendo sacerdote D. Antonio Claret, no puedo menos de indicar á ustedes la necesidad de dedicarse á administrar el sacramento de la Penitencia á los fieles. Esta necesidad pública y sobradamente conocida recuerda la estrechísima obligación de acudir á ella. Menester es que los sacerdotes que tienen expedita la jurisdicción ejerzan asiduamente la admirable y estupenda facultad de absolver de los pecados, recibida en el presbiterado; mas durante la Misión urge especialmente el cumplimiento de tan sagrado deber. El predicador prepara y dispone, y el confesor perfecciona la salvación de las almas. ¿De qué serviría el que sembrase aquél si no hubiese quien recogiese el fruto?... Tarragona, 23 de Enero de 1846. = Antonio, arzobispo de Tarragona.”

5. No fueron menores los trabajos apostólicos del Siervo de Dios y los frutos de bendición que reportó en 1847 que en los años precedentes. En una carta que desde Tarragona escribió á su Superior en 23 de Enero de aquel año, le da cuenta de sus tareas evangélicas con tal sencillez y candor, que pone espanto el ver cómo, á pesar de las muchas y grandes conversiones que el Señor por medio de él realizaba, lejos de envanecerse no hace sino lamentar con apostólico celo la escasez de operarios evangélicos que le ayudasen á cosechar la abundante mies madurada al divino calor de sus discursos. “Desde la última que escribí á V. [S., — dice, — hemos seguido con perfecta salud, gracias á Dios, á pesar de nuestras exorbitantes y perennes ocupaciones. Grandes son los trabajos; pero no son menores los frutos que por la misericordia del Señor en todas las poblaciones donde predicamos se reportan.

„Confesamos mañana y tarde; además nos hacemos ayudar por otros sacerdotes, pero ni con esto se pueden despachar todos los penitentes que se nos presentan. Están aguardando desde la mañana á la noche; y como ven que no pueden confesarse, para lograr turno cada uno va alegando sus propios méritos. Uno dice: “yo tantos años hace que no me he confesado.” Otro: “yo jamás me he confesado bien; siempre me he callado los pecados por vergüenza.” Dice otro: “yo soy un gran pecador; por amor de Dios dejadme llegar al confesonario, que lo necesito más que todos.” Enternece el oír esta contienda; pero lo que más pena da es el ver todos los días á centenares de personas aglomeradas alrededor de los confesonarios, sin que podamos consolarlos á todos por más que confesemos. Si estamos en los pueblos, nos rodean; si vamos al desierto, allá nos siguen. ¡Lástima que no sepamos multiplicar los panes y los peces como nuestro divino Maestro, pues es preciso que se lleven un poco de pan ú otro alimento de sus casas! Ahora que escribo estas líneas acabamos de llegar de la Cartuja ó *Scala Dei*, en donde hemos predicado cinco días, por disposición de S. E. I., á estas gentes, las peores, según decían, de las poblaciones comarcanas, las cuales han venido á cultivar estos desiertos. Casi parece que habían hecho aquí algo semejante á lo que hizo Adriano, emperador de Roma, en Tierra Santa, el cual en el pesebre mandó colocar la estatua de Adonis, en el Calvario la de Venus, y en el lugar

de la Resurrección la de Júpiter; pero hemos quedado sumamente prendados de su docilidad en venir á oír la divina palabra y confesarse; y como eran muchísimos los que venían de muy lejos para el mismo objeto y no era posible satisfacer á todos, eran aquéllos preferidos á éstos (1).”

Por motivos que luego veremos no continuó mucho tiempo en la diócesis de Tarragona, sino que pasó á trabajar en las de Barcelona y de Vich, recogiendo allí prodigiosos frutos.

No contento con las tareas propias de su ministerio, se dedicó á la composición de varios libros que fomentaran la piedad en las familias cristianas; fundó la Librería Religiosa, semillero de propaganda católica; recorrió el llano de Barcelona y la alta montaña, despertando en todas partes los sentimientos de la piedad cristiana, amansando los corazones enconados con las pasadas guerras y haciendo renacer en todos los pueblos la paz y la concordia mediante los apretados vínculos de la caridad evangélica, con lo cual, según frase del excelentísimo señor marqués de Novaliches, entonces capitán general de Cataluña, ayudaba á cimentar el buen espíritu. Creyó éste de su deber dar cuenta al Gobierno del celo apostólico del Sr. Claret, y en diversas comunicaciones dirigidas á Madrid, y que acaso se conservan aún en el ministerio de Gracia y Justicia, alabó sus raras partes, sus virtudes y su celo, y cómo fomentaba la unión entre los dos bandos de los pueblos por medio de sus predicaciones verdaderamente apostólicas. Esto mismo declaró con juramento el predicho señor Marqués en el proceso ordinario instruido en esta corte para introducir la Causa de beatificación del Siervo de Dios.

De lo cual claramente se infiere cuán sin seso anduvieron, ó mejor cuán maliciosamente obraron los que para cerrar la boca al apostólico Varón, que tanto fruto hacía en las almas, renovaron en 1847 la calumnia de los años anteriores, de que el celoso Misionero había militado bajo las banderas de Don Carlos. El diablo, que nunca duerme, furioso por las almas que el Siervo de Dios arrancaba de sus uñas, sugirió á los enemigos de la Iglesia la renovación de pasadas calumnias, que mayor eco habían de hacer en el partido liberal, entonces gobernante. He aquí lo que pasó, tal como lo refiere nuestro mis-

(1) Carta del P. Claret, del 23 de Enero de 1847.

mo Padre Fundador con la sencillez y modestia acostumbradas: "Aunque tuve poco ha el gusto de escribir á vuestra señoría nuestras continuas ocupaciones y los abundantísimos frutos que por la misericordia de Dios sacamos de ellas, me parece, sin embargo, es el caso decirle lo que me acaba de pasar: en un trís ha estado que yo no haya sido preso y conducido en calidad de tal á esta ciudad de Tarragona. El motivo es que el señor Comandante general militar de esta provincia recibió un anónimo que decía mil embustes de cosas políticas atribuidas á mi dicho, y con la prontitud de militar ofició al cabo de mozos de Ruidoms para que viniese á prenderme. Entretanto, dicho Comandante habla con el señor Jefe político y suspende la orden de que me prendan; se participa al señor Arzobispo lo que está ocurriendo; éste, con el celo y la energía que le es propia, me defiende, y dice al señor Comandante que me mandará comparecer delante de él para que vea con sus propios ojos mi inocencia. En efecto, con toda prontitud me manda el Prelado que pase á Tarragona. Yo lo ejecuté al instante; de suerte que el día 3 por la mañana partí de Poboleda, distante nueve horas de esta capital. Llegué aquí antes de las cuatro de la tarde, después de haber andado tres horas seguidas con la nieve de pies á cabeza, pues las tres primeras horas de viaje estuvo nevando de continuo. Al llegar á ésta me explicó S. E. lo que había, y me dijo que me presentase al señor Comandante militar, como lo hice en efecto; este señor quedóse plenamente convencido de mi inocencia y casi avergonzado de haber procedido contra mí con tanta ligereza. Ahora las autoridades eclesiásticas y civiles hacen las debidas diligencias para hallar al acriminador, y quizá se halle, pues se han recogido algunas voces, no vagas, sino fundadas. Se sospecha mucho que es el heresiarca de Alforja, que se valió de esto para impedir que yo fuese allá á desbaratar sus planes é infernales maniobras; pero, á pesar suyo, la semana que viene iré á dicho pueblo á empezar la Misión (1). En el mismo pueblo de Alforja se convirtió un heresiarca, como veremos en su lugar; y aunque no podemos asegurar con certeza sea el mismo de quien habla el Siervo de Dios, lo tenemos por muy probable.

(1) Carta del 24 de Febrero de 1847.

Contribuyeron no poco á dar cuerpo á los ecos calumniosos esparcidos contra nuestro Padre los acontecimientos políticos de aquel año, pues en Febrero se levantaron varias partidas de hombres armados al grito de: "¡viva Carlos VII!". La prontitud con que se formaron y acometieron, y la sorpresa que causaron á los pueblos y á las columnas de la tropa, les merecieron el renombre de *madrugadores* (matinés), con el cual fueron más conocidos que con el de carlistas ó montemolinistas, que también llevaron. Muy buenas eran sus intenciones y propósitos; lucharon con valentía, más por la causa de la Religión que por la de la dinastía; pero aunque se portaron como héroes, como eran, relativamente á las tropas del Gobierno, muy pocos en número, fueron muchos de ellos capturados y fusilados los principales jefes, con lo cual parecía ya la guerra terminada; pero habiéndose encargado de la dirección de los carlistas otros jefes no menos valerosos que los que tan heroicamente habían sucumbido por defender su noble bandera, tomó la insurrección nuevo y brioso incremento en 1848, y no cesaron las hostilidades hasta la primavera de 1849, después de haberse retirado á país extranjero el famoso general Cabrera. Los enemigos del P. Claret tomaron ocasión de aquel levantamiento para propalar que los sublevados no harían nada sin la aprobación del Siervo de Dios; tratáronle de sedicioso y se empeñaron en hacer creer á las personas rudas y sencillas, y aun á las ilustradas pero incautas, que *Mosén Antón Claret*, antes y ahora, había peleado con las armas en la mano; y tan adelante llegó el descaro y la osadía de los enemigos del Siervo de Dios, que en estampas y caricaturas le pintaron con la canana y el tabuco.

Nuestro amado Padre lo sufrió todo callando, dejando al Señor que saliera á su defensa del modo que fuera más honroso á su divina gloria; únicamente sentía no poder ejercer con toda libertad el sagrado ministerio; porque si al principio de aquellos sucesos políticos le pusieron ya tantos obstáculos, ¿qué no hubieran hecho si hubiese continuado predicando en los pueblos de la Península todo el tiempo que duró aquella guerra? Mas Dios, que por un secreto de su admirable Providencia conduce muchas veces á los santos al cumplimiento de sus altos designios por los caminos que á los hombres parecen más opuestos, se valió de aquella traza para enviarle á

las Islas Canarias; y pretendiendo sus enemigos impedirle predicar, le pusieron en ocasión de que lo pudiese hacer con más libertad y mayor fruto.

6. Había sido nombrado por aquel tiempo para la mitra de la Gran Canaria el piadoso Misionero de la Congregación de San Vicente de Paúl, D. Buenaventura Codina. Esta, que es la primera de las islas conocidas por los antiguos con el nombre de Islas Fortunatas, es de clima bastante caluroso por su proximidad á la zona tórrida, aunque algún tanto templado con las suaves brisas del Atlántico. Cruzada por infinidad de torrentes, que en angostos y profundos cauces se desprenden de los vapores acumulados en la cima de las montañas, ofrece un terreno fértil en toda clase de frutos, desde el naranjo, limonero y plátano, productos de la zona ecuatorial, hasta el trigo y el maíz, propios de las regiones meridionales. El piso vario y frondoso, con sus colinas, montes y pequeños valles; el aura embalsamada con las abundantes flores y hierbas olorosas que allí se crían; los picos y crestas de elevadas montañas, doradas con los rayos del sol vivo y esplendoroso, hacen de la afortunada isla un sitio bello y pintoresco, que los antiguos, con graciosas fábulas y halagüeñas descripciones, rodearon con hermoso nimbo de luz y poesía. Habiendo desaparecido los famosos guanches, á quienes se atribuía talla gigantesca, los actuales habitantes descienden todos de europeos; en general son bien formados, robustos y algo morenos. Desde que Fernando el Católico, en 1512, aseguró su dominación en las islas Canarias, la Religión católica fué luego la única que practicaron sus sencillos moradores, y que conservaron incólume hasta estos últimos tiempos. El Señor quiso en 1848 recompensar su religiosidad enviándoles á su Siervo el P. Claret para provecho y consuelo de sus almas, y para hacer por medio de él muchas y muy señaladas mercedes y maravillas en favor de los devotos isleños.

Hallándose nuestro amado Padre de paso en la ciudad de Manresa, como nunca perdía ocasión de hacer bien á sus prójimos y trabajar por la gloria de Dios, fué al hospital, consoló y confesó á muchos enfermos, y después reunió á las Hermanas de la Caridad del mismo establecimiento para hacerles una plática. Terminada ésta, la Superiora notificó al P. Claret el nombramiento del Sr. Codina para obispo de Canarias; y co-

rrespondiendo á indicaciones que el nuevo Prelado le había hecho, tanteó la voluntad del Siervo de Dios acerca de si acompañaría con gusto á aquellas islas á su futuro Obispo. “No tengo, — respondió el P. Claret, — gusto ni voluntad propia; iré con gusto adondequiera que sea enviado por mi Superior, ora sea á Canarias, ora á cualquiera otra parte.” Respuesta digna de un varón verdaderamente apostólico.

La buena Hermana dió luego en la clave del misterio, y escribió al Ilmo. Codina que la única traza para salir con su intento era acudir al Gobernador eclesiástico de Vich, bajo cuya obediencia se había puesto el ilustre Misionero. Estimábale en mucho el nuevo Prelado para dejar perder ocasión tan favorable de adquirir para sí tan incansable coadjutor de su ministerio apostólico, y luego sin tardanza se dirigió al Vicario capitular de la diócesis vicense pidiéndole le permitiera llevar consigo por algún tiempo á nuestro laborioso Padre, á lo que accedió aquél muy cortésmente, y así mandó al Varón de Dios que se pusiera á las órdenes del preconizado obispo de Canarias. Acostumbrado nuestro Padre á obedecer sin réplica las prescripciones de sus Superiores, escribió luego al nuevo Obispo para que hiciera de él lo que le pareciera bien en el Señor.

Habida respuesta del Prelado, en la que le determinaba el día que había de salir para la corte, dispuso convenientemente todas las cosas, y apercibido ya para el viaje ocupó el resto del tiempo en sus queridas tareas apostólicas. El fruto de ellas fué abundante, como siempre, y el mismo Siervo de Dios, escribiendo desde Barcelona á su Superior eclesiástico, daba cuenta de él en estos términos: “Con la presente debo decir á su señoría lo que en esta ciudad, con el auxilio de Dios, he hecho y estoy haciendo. Llegué al anochecer del 23 de Diciembre: el 24 se dieron las disposiciones convenientes y se principiaron los ejercicios de las monjas de la Enseñanza. En el 1.º de Enero se comenzó la novena del purísimo Corazón de María con un concurso extraordinario y muchísimas y grandes conversiones. Luego siguieron los ejercicios á las monjas jerónimas por la mañana, y á las magdalenas por la tarde. Hoy he empezado los ejercicios al clero; gracias á Dios, la concurrencia es muy grande... Además de estas ocupaciones debo decirle que anteayer, ó sea el domingo último, se comenzó á

catequizar á los pequeños y á los mayores; he dado también impulso á la Congregación de San Luis en la iglesia de Belén, en donde he predicado con extraordinaria asistencia. Por cierto quedaría vuestra señoría pasmado si viera la multitud de jóvenes que han entrado en la Congregación de este Santo como en otra Arca de Noé para librarse de los vicios de esta populosa ciudad. Dicen, y sea únicamente para gloria de Dios y de María santísima, que desde que llegué y comencé á predicar ha habido una mudanza de costumbres (1). „

Terminados felizmente estos trabajos se despidió de su Superior y salió para la corte sin otra provisión que aquel famoso lío en que llevaba lo absolutamente necesario, y que le servía de equipaje cuando daba Misiones en Cataluña. A petición del señor obispo de Canarias le hospedó en Madrid el celoso, caritativo y ejemplar sacerdote D. José Ramírez y Cotes, quien por lo mucho que apreciaba al Siervo de Dios se esforzó en agasajarle cuanto pudo. En las diligencias que el P. Claret hacía en la capital de España tuvo por fiel y constante compañero á D. Fermín de la Cruz, sacerdote esclarecido por su piedad y su doctrina. Antes que él había ya llegado á la corte la fama de su santidad, no sólo por los elogios que de su virtud se hacían en algunas cartas familiares venidas del Principado catalán, sino también por los sueltos que en su loor publicaron algunas revistas y periódicos católicos, y mayormente por las alabanzas que á su apostólico celo tributó el ya entonces célebre presbítero D. Jaime Balmes.

Muchas fueron las personas que, atraídas por el suave olor de Cristo que sus virtudes habían esparcido, desearon oírle para aprovecharse de sus saludables y provechosas instrucciones; y aunque fueron muchas las pláticas que por este concepto en oratorios y Congregaciones particulares predicó, fueron muchas más las dirigidas á los pobres de Cristo y á los enfermos, para los cuales tenía un corazón verdaderamente paternal, consolándolos, animándolos á sufrir con la esperanza del cielo y aliviando en lo que podía sus dolencias. Sus paseos iban todos á parar en el hospital general ó en otros establecimientos de beneficencia. Asistió á la consagración del señor obispo de Canarias y le acompañó también á muchas

1) Carta del 19 de Enero de 1848.

partes. En los pocos días que estuvo en Madrid hizo más fruto en las almas que algunos sacerdotes en muchos años; y aunque por entonces, á causa de su profunda humildad, no se dió á conocer en los principales púlpitos, dejó de sí muy buena fama en las personas que tuvieron la dicha de oírle, y preparó el terreno, sin intentarlo, para la campaña apostólica que más tarde había de emprender en la corte y que le había de conquistar el renombre de gran orador apostólico de nuestro siglo.

Fijo el pensamiento en la gloria divina y en el deseo de salvar á sus hermanos, emprendió el viaje á las islas Canarias en compañía del nuevo Obispo. Pasó por Sevilla, la ciudad de los recuerdos históricos y de las grandes glorias musulmanas, pero ni se detuvo á contemplar sus monumentos ni á admirar las maravillas de arte que en su seno fecundo encierra. Complaciase, sí, á las veces en dar una ojeada á las bellezas de la creación que tan frescas y lozanas se muestran en aquel venturoso suelo, pero era para alabar en ellas al Criador y subir por tan luminosa escala á la contemplación de la Belleza eterna, que él anhelaba reflejar de un modo más vivo en el mundo de las almas, sacándolas de pecado y haciéndoles recobrar la gracia divina. En Cádiz hizo otro tanto, y las horas de que dispuso las empleó en la predicación y en el confesonario, y por dondequiera que pasaba dejaba en pos de sí embriagador perfume de virtud y celo que embalsamaba el ambiente y confortaba los espíritus en el Señor. Embarcóse en este puerto en Febrero de 1848; detúvose un día en Tenerife, que aprovechó para hacer su primer sermón á los isleños, y al día siguiente prosiguió su viaje á las Palmas, capital de la diócesis.

Comenzó aquí sus tareas apostólicas dando ejercicios espirituales á los sacerdotes reunidos en una sala de palacio, al frente de los cuales se halló en todos los actos el nuevo señor Obispo; siguieron luego los ejercicios dados á los alumnos del Seminario, junto con otras pláticas y predicaciones dirigidas á varias Comunidades religiosas y á muchos establecimientos de caridad. En los quince meses que empleó dando Misiones en la capital y en los diversos pueblos de la diócesis sin un solo día de descanso, consiguió reformar las costumbres de aquellos dichosos habitantes, que en todas partes le recibían como á enviado del Señor. Inmenso era el gentío que acudía